

Baba está siempre conmigo

por Sita Michele Shay

A mediados de la década de los setenta trabajaba como actriz en la ciudad de Nueva York. En varias ocasiones, mientras actuaba, me daba cuenta de que me conectaba con una fuente de inspiración y sabiduría espontáneas e ilimitadas. Quería saber cómo volver a esa extraordinaria fuente de creatividad y verdad. Sin embargo, no fue hasta que recibí *shaktipat*, durante mi primer Intensivo de Shaktipat de Siddha Yoga, cuando supe que ese lugar era mi propio Ser interior y que por medio del mantra podía reconectarme con él una y otra vez.

Cuando me enteré de que Baba Muktananda estaría en residencia en el hotel DeVille, un complejo turístico en las montañas Catskills, que durante el verano de 1976 se había convertido en el Áshram temporal de Baba, me inscribí de inmediato para pasar allí un mes. Quería conocer a Baba en persona y experimentar lo que era estar durante un período prolongado inmersa en la *sádhana* y vivir en presencia de un Siddha Guru.

Durante ese mes en el DeVille, desarrollé una conexión aún más profunda con las enseñanzas y prácticas de Siddha Yoga y me sentí cautivada por la dicha que brotaba de Baba, especialmente la alegría en el sonido de su risa. Con cada día que pasaba, sentía que las paredes que rodeaban mi corazón se suavizaban y se disolvían al experimentar la dulzura del amor de Baba. Entre más *sátsangs* y *darshan* teníamos con Baba, más anhelaba estar en su presencia.

Ese anhelo se intensificó durante el Intensivo que se llevó a cabo poco antes de que Baba concluyera su visita a Estados Unidos y regresara a la India. Estaba sentada en la parte posterior de la sala de meditación, con filas y filas de personas que meditaban frente a mí. Baba solía caminar entre las personas mientras daba iniciación por *shaktipat* en los Intensivos, tocando la parte superior de la cabeza de los buscadores con su vara de plumas de pavorreal. Podía oírlo moverse por la sala. Abrí los ojos y disfruté escuchar el ligero sonido

de las plumas de pavorreal mientras lo observaba otorgar *shaktipat* a las personas. Ser testigo de la asombrosa compasión de este invaluable regalo encendió mi deseo por prolongar este preciado tiempo con Baba. En mi mente busqué formas de mantener a Baba conmigo.

Baba a menudo nos había enseñado que el Guru, el mantra y quien lo repite son uno. Al pensar que esa podría ser la respuesta, cerré los ojos y me dije a mí misma que repetiría el mantra internamente con todo mi ser. *¡Om Namah Shivaya! ¡Om Namah Shivaya!* Lo repetí una y otra vez.

De pronto, el mantra descendió de mi mente a algún lugar profundo en mi cuerpo. Un sublime sentimiento de euforia surgió dentro de mí y sentí la presencia de Baba en todo mi ser. El sentimiento se movía dentro de mí al mismo tiempo que Baba se movía en la sala de meditación. Mis ojos se abrieron de repente y busqué a Baba en la habitación. *¡Para mi sorpresa, me estaba mirando directamente desde el otro lado de la sala!* Cautivada de amor, incliné la cabeza y, antes de darme cuenta, Baba estaba de pie detrás de mí y tocaba mi cabeza con su mano. Sentí que me estaba confirmando que mi intenso sentimiento de conexión interna con el Guru, con el Ser, era real.

Siempre estaré agradecida con Baba por otorgarme esta experiencia directa de la enseñanza que el Guru, el mantra y quien lo repite son uno. A lo largo de mi *sádhana*, que alcanza ya unos cuarenta y seis años, descubrí que no importa dónde esté o qué esté haciendo, puedo dirigir mi atención hacia el interior por medio de la repetición del mantra y conectarme con la fuente creativa de todo ser, el fundamento del verdadero conocimiento: el Ser. Gracias, Baba.

